

La gran alegría del aniversario

JUAN DOMINGUEZ LASIERRA.

Cuando tras una ensalada de improperios, y el derecho al mentón que un tal Gil infería a un tal Fidalgo, la pantalla del televisor nos traía la serena placidez de un cielo goyesco recién descubierto, uno veía plasmado, con rotunda nitidez, aquello de que el mundo es un nudo de contradicciones, feria y hoguera de vanidades, y mundo ancho, ajeno y próximo como en tantas ocasiones se nos ha dicho. Hasta aquello de que la vida es una tómbola nos venía a la cabeza, rebajando la autoridad de las citas, desde Thackeray, Wolfe o Ciro Alegria a Marisol, aunque sin disminuir su sentido, espectadores de un denigrante espectáculo que se prolongaba con una de las alegrías del año, de este Año de Goya que estamos viviendo.

Porque hay que decirlo ya, y deprisa. Este Año de Goya que

tan mortecino se nos presentaba —aunque ya ha ido ofreciéndonos algunas satisfacciones, como el reciente curso de Zaragoza, la compra de una edición original de las series de grabados por la CAL, el número de «Turia» dedicado a Goya y con ilustraciones de Antonio Saura, o la exposición zaragozana sobre Goya y la arquitectura, que ha merecido un elogioso comentario del profesor Julián Gállego—, nos da ahora una auténtica sorpresa, una gran alegría. Porque lo es, cuando por aquí hemos iniciado el año con agrias polémicas sobre atribuciones goyescas, en las que casi se ha llegado a lo del match Gil-Fidalgo, que se anuncie con toda la solemnidad que se merece, y con las garantías que también, de que un nuevo Goya, y magnífico, acaba de ser descubierto, redescubierto, después de un siglo

encerrado en un almacén. Es, desde luego, y de momento, la gran alegría del Año de Goya, aunque nos resulta difícilmente imaginable que otra superior pueda surgir. Porque es una obra de gran formato, que ilumina sobre ese hasta hace poco preterido Goya como pintor religioso, que alumbra igualmente sobre ese periodo, 1780-85, de su vida, y, sobre todo, porque es una obra hermosa, de preciosa ejecución. No es extraño que el presidente madrileño, el discreto Ruiz Gallardón, no haya ahorrado calificativos, hablando de hallazgo «fascinante» y de «regalo fantástico para los madrileños». Bueno, para los madrileños, sí, naturalmente, que en este caso ellos son los primeros, pero también para todos los amantes de Goya y para el propio patrimonio goyesco español. También el director del Pra-

do ha calificado la obra de «espléndida». Una gran alegría, pues, que debe servirnos a todos, pero muy especialmente a los paisanos del pintor, de acicate para celebrar con gozo las próximas jornadas goyescas. Hay que recordar que la fecha del aniversario, la del 250 de su nacimiento, es el próximo día 30, y que ese día, Fuendetodos, prepara fiesta a lo grande. Pero también hay que esperar otras cosas, y sobre todo del Gobierno aragonés, que hasta ahora no ha dado a conocer definitivamente su programa de actos. No vamos a insistir en su improvisación y falta de reflejos, porque no queremos ponernos pesados. Pero, aunque no han descubierto un goya como el de Madrid, que estas son alegrías más propias del mundo de lo milagroso, lo que sí esperamos del gobierno aragonés son al menos noticias.